

ANTONIO MACHADO Y EL MUNDO DE LOS TOROS¹

Por ROGELIO REYES CANO

Es posible que a ustedes les sorprenda que un ciclo de conferencias sobre los hermanos Machado, poetas de muy largo alcance y particular trascendencia literaria, se centre en el mundo de los toros. Pero la elección del tema tiene una muy libre y muy consciente explicación. En medio del buenismo animalista al uso, de la actitud acomplejada de buena parte de la izquierda política y del cerrilismo antiespañol del rampante nacionalismo periférico, no corren en la España de hoy buenos tiempos para la fiesta de toros. Hace sólo unos meses nuestro flamante ministro de Cultura, animado por un propósito del todo sectario, ha suprimido el Premio Nacional de Tauromaquia que su ministerio venía concediendo anualmente desde los tiempos del presidente Rodríguez Zapatero. Alega que los españoles no se interesan por las corridas, que los toros son ya una nota del pasado impropia

1. Conferencia pronunciada en la sesión del Curso “La tauromaquia y los Machado. De Cúchares a los Gallo”, organizado por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo y la Real Maestranza de Caballería de Sevilla (mayo de 2025 y celebrada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Al ser una conferencia no leída sino expuesta con la naturalidad hablada, ello puede explicar el tono distendido con que le he dado forma escrita y ciertas marcas de oralidad que he querido mantener para ser lo más fiel posible a aquella exposición originaria.

de la sensibilidad actual. Se ve que nuestro ministro no ha leído el *Mairena* de Antonio Machado, todo un monumento a la lucidez intelectual y a la expresión del pensamiento libre. O que, de haberlo leído, no ha captado la esencialidad del rito taurino proclamada por el autor de *Campos de Castilla*. Ni tampoco la grandeza antropológica y artística y la alta significación cultural de la fiesta de toros que ese libro refleja.

Los toros escenifican a lo vivo el sentimiento trágico de la vida, un imperativo que no caducará nunca por mucho que el hombre de hoy se empeñe en enmascarar el hecho cierto de su muerte. Ese alegorismo radical de la fiesta es, de todas las notas que definen una corrida, la más honda y veraz, la más impactante, y por ello mismo la más valorada por los escritores más lúcidos y sobre todo por los poetas más esenciales, entre ellos Manuel y Antonio Machado, dos ejemplos diferentes pero complementarios de otras tantas visiones del mundo de los toros.

Para hacernos una idea de esas dos visiones puede ser muy ilustrativo partir de algunos versos de uno y otro poeta. Manuel, a quien le gustaba autorretratarse una y otra vez en verso –lo hizo sucesivamente al frente de varios libros– declaró solemnemente en *El mal poema* (1909) su más que evidente sintonía con la lidia del toro:

Medio gitano y medio parisién –dice el vulgo–,
con Montmartre y con la Macarena comulgo...
Y, antes que un tal poeta, *mi deseo primero*
hubiera sido ser un buen banderillero.

(“Retrato”)

Por su parte, su hermano Antonio, en la segunda edición de *Campos de Castilla* (1917), arremetió con fuerza contra el taurinismo de una “España inferior”:

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma quieta,
[...] Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahúr, zaragatera y triste,
esa España inferior que ora y *embiste*
cuando se digna usar de la cabeza...

(“El mañana efímero”)

El contraste entre uno y otro hermano parece evidente. Manuel recurre a una de sus frecuentes *boutades* de corte modernista para identificarse sin ambages con la fiesta de toros. El dictamen de Antonio, en cambio, parece inequívocamente antitaurino. Para él el taurinismo es uno de los vicios de una España que, más que pensar, embiste, asimilándose así a la figura de un cornúpeto sin raciocinio. Si nos ciñéramos en exclusiva a estos dos textos, habría que concluir que las diferencias entre ambos son notables: uno adora la fiesta y el otro la desdeña.

Pero sería un error sacar conclusiones precipitadas de este aparente contraste entre los dos hermanos en lo que respecta a su verdadera opinión sobre los toros hasta el punto de convertirlo, una vez más, en objeto de oposición ideológica entre uno y otro, queriendo ver en la entusiasta taurofilia de Manuel una nota de conservadurismo y en el ataque a la fiesta de Antonio una mentalidad liberal supuestamente enfrentada a su hermano. Aceptar esa oposición sería una muestra más del falso antagonismo que tantas veces se ha establecido, sin fundamento alguno y por razones estrictamente políticas, entre ellos. De forma que sería del todo erróneo catalogar a Manuel como defensor de los toros y a Antonio como su detractor, ya que los dos valorarán por igual la fiesta, aunque, eso sí, de distinto modo y en diferentes circunstancias.

La relación de ambos con el mundo de los toros se inicia en plena juventud. Fue en el Madrid de finales del siglo XIX, en el año 1893, cuando Manuel tenía tan sólo diecinueve años y Antonio dieciocho. Los dos vivían por entonces en la capital de España una vida bohemia, y probaron sus primeras armas literarias precisamente en el dominio de la crítica taurina. Y lo hacían a veces separadamente, Antonio con el seudónimo de “Cabellera” y Manuel con el de “Polilla”. Y otras al alimón con el de “Tablante de Ricamonte”². Y en un

2. Véanse a este respecto los trabajos de André AMORÓS, “Que vio a *Carancha* recibir un día...”, en AA. VV., *Antonio Machado hoy*, Sevilla, Alfar, 1990, IV, pp. 231-239; y Rogelio REYES, “El mundo de los toros en la obra de Antonio Machado”, *Revista de Estudios Taurinos*, 4 (1996), pp. 235-252, reprod. en R. REYES, *De Blanco White a la Generación del 27. Estudios de Literatura Española contemporánea*, Universidad de Sevilla y Universidad de Huelva, 2000, pp. 161-170. Las crónicas y comentarios de ambos hermanos pueden leerse en Antonio MACHADO, *Poesía y Prosa*, III, ed. de Oreste Macrí y Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe y Fundación Antonio Machado, 1989, pp. 1.035 y ss.

tono distendido y hasta humorístico. No es el momento de hablar por extenso de esas pintorescas colaboraciones. Pero en todo caso lo que demuestran estas crónicas jocoserias salpicadas de reflexiones sociológicas es que tanto Manuel como Antonio estaban familiarizados desde su juventud con la fiesta de los toros. Bastará con un ejemplo de esos escritos “al alimón” hablando de la desmedida afición de los españoles:

Pan y Toros, dijo Jovellanos, tratando de sintetizar en esas palabras los eternos deseos de nuestro pueblo, y en verdad que la frase que se le ocurrió no pudo ser más adecuada.

Pedimos pan, porque pedir carne es una gollería, pan negro o blanco, duro o tierno, con estropajos o sin ellos, bien pesado o falto de peso, español o francés, el caso es que no nos falte el pan nuestro de cada día.

Y lo mismo nos sucede con los toros. ¿Hay corridas? Pues a la plaza. Aunque tengamos que empuñar el colchón, vender la Biblia o quedarnos en mangas de camisa. La cuestión es ir a los toros, a los novillos si llega el caso, o a los becerros a falta de toros y novillos³.

Otro ejemplo, este de Antonio, que lo retrata como buen conocedor del estado de la fiesta y hasta se entusiasma comentando algunos lances de una corrida. Son juicios de un buen aficionado que comunica al hermano sus impresiones taurinas. Distingue entre *matador* —es decir, buen ejecutor de la suerte suprema— y *torero*, o sea, más hábil en la lidia propiamente dicha; una distinción que antaño se tenía muy en cuenta y que hoy está más diluida entre los públicos que van a las plazas de toros:

Bombita ha hecho aquí, como dices, una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros, y no mal torero. Fue el héroe de la célebre corrida en que todos estuvieron admirables. ¡Qué dos volapiés más monumentales! No cabe más. Reverte, aunque

3. Ed. cit., p. 1.101.

no es tan matador, es, si cabe, aún más valiente que Bombita y hace más prodigios de temeridad. Guerra demostró que es el número uno de los toreros en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro y con la espada quedó muy bien. Pero el fenómeno fue Bombita⁴.

Después de esta colaboración taurina de los dos hermanos en sus años de juventud, andando el tiempo su posición ante la fiesta iba a tomar caminos divergentes. Mientras que Manuel se convertiría en un entusiasta de los toros y se dedicaría a escribir elogiosamente sobre los lances de la corrida, Antonio se sentiría llamado por el espíritu del Regeneracionismo, en la línea de Joaquín Costa, Miguel de Unamuno y otros intelectuales del momento, y en general de los hombres del 98, quienes, como más adelante veremos, censurarán el exceso de taurinismo de la sociedad española y lo integrarán en el capítulo de los “vicios” de nuestro país, de una España inferior que ellos aspiran a superar. En esos momentos (los años en que Antonio reside en Baeza, entre 1913 y 1919) sí que habrá divergencias entre los dos hermanos en lo que afecta a sus respectivas posiciones ante la fiesta de los toros.

Refiriéndonos a Manuel, el mayor de los Machado se mostrará seducido por el colorido y el pintoresquismo de la corrida, y hará algo de mucha mayor trascendencia: elevará la fiesta de los toros a una auténtica dimensión artística, reconociendo en ella los mismos valores que pueden reconocerse en la pintura o en la expresión literaria, y en general en el dominio de las Bellas Artes.

Lo hará sobre todo en un libro de poemas titulado *La Fiesta Nacional*, que publica en 1906. Sin este precedente difícilmente podríamos entender la elevación estética de la Fiesta acometida por los poetas del 27, animados sin duda por el prestigio de Manuel Machado. Para entender esta aportación suya al realce artístico de los toros puede bastarnos con un ejemplo: su descripción de la suerte de las banderillas:

4. Ed. cit., p. 1.101.

Ágil, solo, alegre,
sin perder la línea,
—sin más que la gracia
contra de la ira—,
andando,
marcando,
ritmando
un viaje especial de esbeltez y osadía...,
llega, cuadra, para
—los brazos alzando—,
y allá por encima de las astas, que buscan el pecho,
las dos banderillas
clavando...se esquiva
ágil, solo, alegre,
¡sin perder la línea!

Este poema es un auténtico tratado de geometría que viene marcado sobre todo por los gerundios (*andando, marcando, ritmando, alzando, clavando*). No he leído nunca un poema con tantos gerundios acumulados. El gerundio se considera una forma, si no antipoética, al menos de difícil encaje en un buen poema. Y sin embargo aquí sirve para darle a la acción del banderillero un dinamismo justo, medido, preciso, como quien escribe un soneto o compone una pieza musical. En estos pocos versos hay cualidades que son propias de una obra de arte: la *agilidad*, la *gracia*, el *ritmo*, la *esbeltez*, la *osadía*... y la *línea*, un término geométrico que remite a la idea de una pintura bien trazada, a un poema bien estructurado o a una obra de arquitectura. Como años más tarde diría Rafael Alberti en un soneto dirigido precisamente a la línea:

A ti, bella expresión de lo distinto
complejidad, araña, laberinto
donde se mueve presa la figura.
El infinito azul es tu palacio.
Te canta el punto ardiendo en el espacio.
A ti, andamio y sostén de la pintura.

El caso de Antonio es muy diferente, al menos en el curso de unos cuantos años. No exaltará la fiesta como hizo Manuel, y recurrirá al léxico taurino y a su uso figurativo para explicar

comportamientos humanos y actitudes específicas de España. Se trata de afirmaciones rotundas, de desautorizaciones sin matices:

Esa España inferior que ora y *embiste*
cuando se digna usar de la cabeza.
("El mañana efímero")

O en sus *Proverbios y cantares*:

De diez cabezas, nueve
embisten y una piensa.
Nunca extrañéis que un bruto
Se *descuerne* luchando por la idea.

El cambio de rumbo de Antonio en relación con la fiesta de los toros, pasando de su entusiasmo juvenil por las corridas de las crónicas de *La Caricatura* a una auténtica denuncia del taurinismo hispano, tuvo lugar en su etapa como profesor de francés en el instituto de Baeza, entre los años 1913 y 1919. Ya con anterioridad, en una carta a Ortega y Gasset, había denunciado el excesivo ruralismo de la vida española, un sello relacionado con la desmedida afición a los toros de sus compatriotas:

Cuando los intelectuales, los sabios y los doctores se dignen ser algo folkloristas y desciendan a estudiar la vida campesina, el llamado problema de nuestra regeneración comenzará a plantearse en términos precisos. Mientras la ciudad no invada al campo —no con productos de desasimilación, sino de nutrición, de cultura—, el campo invadirá a la ciudad, gobernará —si es que puede gobernar lo inconsciente—, dominará la vida española. Esto es lo que pasa hoy. La mentalidad dominante española es de villorrio, campesina, cuando no montaraz. La ciudad manda al campo recaudadores de contribuciones, diputados, guardias civiles y *revistas de toros*; el campo envía a la ciudad, por un lado, al pardillo, al cacique, al abogado, al político, y, por otro, al cura⁵.

Aquí Antonio Machado se nos revela como un auténtico regeneracionista, impulsado por los escritos de Azorín, de Unamuno y hasta del joven Ortega, muy admirado por él. Pero en sus

5. Ed. cit, III, pp. 1.510-1.511.

poemas de corte satírico no entrará en la esencia de la fiesta de toros, ni en su dimensión estética y antropológica. Se limitará a censurar la fiesta como un ingrediente socialmente retrógrado y propio de una “España inferior”. Un ingrediente como algunos otros de los denunciados por el Regeneracionismo: el caciquismo, el cainismo o el flamenquismo —que no el cante flamenco, tan admirado por Antonio a través de las investigaciones de su padre *Demófilo*. Es el Machado de la edición de las *Poesías completas* (1917) de la Residencia de Estudiantes, el que está viviendo en Baeza en carne propia el peso de la vida rural.

Son sobre todo tres poemas angulares en los que esa percepción negativa no tanto de la fiesta de toros cuanto del taurinismo ambiental se hace muy explícita: “Del pasado efímero” (1913), “El mañana efímero” (1913) y el “Llanto por las virtudes y coplas por la muerte de Don Guido” (1917). Vamos a analizar en ellos esa nota antitaurina.

“Del pasado efímero” es el retrato del señorito rural en una escena propia de un casino de pueblo. El casino era en la España de la época un espacio literario muy tratado por la narrativa. Lo habían hecho, entre otros escritores, Galdós en *Doña Perfecta*, Baroja en *El árbol de la ciencia* y Unamuno en *Abel Sánchez*. El casino era uno de esos lugares de la España de provincias marcadamente ruralizada donde se escenificaban muy a lo vivo los “vicios” denunciados por los regeneracionistas. Y el arquetipo de ese señorito rural era ya un espécimen en regresión (de ahí su pertenencia a un “pasado efímero” que llevará como nota descriptiva relevante su pasión taurina, ya que había visto al torero “Carancha” matar recibiendo en una plaza de toros.

En efecto, José Sánchez del Campo, “Carancha”, era un torero de Algeciras del tiempo de Lagartijo y Frascuelo, nacido en 1848 y muy vinculado al pueblo sevillano de Aznalcázar, donde murió en 1925. Había tomado la alternativa en 1874, el año en que había nacido Manuel Machado, y se retiró de los ruedos en 1894. Su habilidad para matar a los toros recibiendo y no al volapié lo distinguía de Lagartijo, que nunca hacía esa suerte, y de Frascuelo, quien al parecer la hacía poco y mal.

Viendo esta carencia de sus dos grandes competidores en el ruedo, “Carancha” quiso significarse y distinguirse de ellos

justamente por el modo de ejecutar la suerte suprema. Siempre lo pensaba, pero nunca lo hacía. Hasta que la tarde del 19 de junio 1881, en la plaza de Madrid, lo consiguió con un toro de Aleas. Aquel episodio tuvo enorme repercusión en los ambientes taurinos. Él mismo se lo comentó a un amigo como un logro supremo en una carta llena de satisfacción que publica José María de Cosío en su tratado sobre los toros:

Yo había conseguido todos mis deseos. Fui banderillero, fui torero, tuve cartel, toreando con aquella gente, con aquellos, ya me entiende usted, me había hecho un puesto... pero yo quería más, algo que sobresaliera, que no hicieran ellos; algo que me diese personalidad, que fuese mío. Rafael [Lagartijo] no recibía. Salvador [Frasuelo] lo hacía muy imperfectamente, aunque con un valor asombroso.

Y relata así los pormenores de aquella primera estocada recibiendo:

Un día me salió un toro de Aleas, grande y bravo, que me tomó bien la muleta, y sentí un escalofrío, comprendí que la *suerte* estaba allí: le metí el pie y le pinché en hueso. El encontronazo fue tremendo, pero le vacié bien y no perdí terreno. Me enardecieron las palmas, siguió el toro tomando bien la muleta y, al cuadráseme de nuevo, le metí el pie otra vez, fijo nada más que en la mano izquierda; cuando vi la cabeza en la muleta, doblé la mano, pasó el toro y sentí la mano derecha en el morrillo y el aplauso del público. No me moví del sitio, giré sobre los talones y vi que el toro llevaba el estoque en la cruz y hasta las cintas. Cuando el toro aquel caía, un momento después, pareció que me descargaba de un peso. Y era que lo había soñado, gracias a Dios, pude hacerlo.

Machado se hace eco de aquel singular acontecimiento que circulaba en el mundillo de los toros de la época y que a él le sirve para subrayar que aquel parroquiano del casino de pueblo era ya un hombre del pasado sobre el que acumula en su poema una auténtica catarata de negatividades. Son “vicios” arquetípicos de la sociedad española: el vacío mental, la pasión por del juego y su extremado taurinismo. Su visión de la realidad política de España

es simplista: se reduce a pronosticar el peculiar turnismo de partidos desde los tiempos de Cánovas y Sagasta. Tiene un concepto interesado y algo supersticioso de la religión (“del cielo aguarda/ y al cielo teme”). Es un hombre del ayer cuyo retrato podemos encontrar también en los textos de Unamuno y en general en los regeneracionistas.

Pero Machado no está juzgando la esencia de la fiesta de toros, sino la extremosidad del taurinismo como vicio social. En realidad, hace sociología, retrata una desmesura, una afición llevada al límite, y por ello inútil y perversa.

El poema “Llanto de las virtudes, y coplas por la muerte de Don Guido” (1917) es, en contraste con “El mañana efímero”, el retrato del señorito urbano, un espécimen también negativo, aunque más refinado que el anterior, que habita en la ciudad de Sevilla. Es un retrato bufo, una traslación al plano paródico de las *Coplas* de Jorge Manrique a la muerte de su padre el maestro Don Rodrigo. De ahí el título que le aplica Machado (“Llanto”), que recuerda los *plantos* medievales.

Pero a diferencia de aquellas elegías del pasado, que cantaban las grandezas del personaje muerto, en la figura de don Guido todo es bastante ridículo. Empezando por su nombre (Guido), de resonancias antiguas, de sabor rancio. Y muere de una enfermedad vulgar, sin grandeza, muy corriente entonces: la pulmonía. Su religiosidad es también superficial y un tanto acomodaticia: pasa de ser un galán bastante disoluto (“dicen que tuvo un serrallo / este señor de Sevilla”) a, ya de viejo, “gran rezador” y cofrade por miedo a la muerte. Hay en él ribetes de la falsa leyenda de Miguel Mañara, que había sido llevada al teatro por Manuel y por Antonio conjuntamente en su obra titulada *Juan de Mañara*. Todos sus supuestos valores son sólo banalidades: la desmedida afición a los caballos y a beber manzanilla. Machado introduce en este poema ciertos elementos degradantes de signo coloquial del tipo *din-don*, e interpela directamente a don Guido con preguntas esenciales: “Alguien dirá : ¿qué dejaste? / Yo pregunto : ¿qué llevaste/ al mundo donde hoy estás?”, pregunta que nos conduce a la solemne afirmación que Machado hizo en el poema dedicado a la muerte de su maestro Francisco Giner de los Ríos: “Lleva quien deja y vive el que ha vivido”. Y en relación con el tema que ahora

nos ocupa, no falta tampoco una alusión al marcado taurinismo del caballero sevillano: su amor a la “sangre de los toros”, que va en paralelo con su afición al “humo de los altares”, los dos ingredientes que, según Machado, coexisten en la “España de charanga y pandereta/ *cerrado y sacristía...*” que veremos a continuación en el poema “El mañana efímero”.

Y al final, una paradoja: el único momento de formalidad en la vida de don Guido es, precisamente, cuando está ya de cuerpo presente. En definitiva, Machado nos dejó una auténtica elegía bufa, un retrato cruel del falso “caballero andaluz” trazado con ingredientes estilísticos de carácter burlesco. Y en ese retrato el taurinismo es un “vicio” más de su estéril personalidad, un baldón de aquella España en exceso ruralizante que aspiran a superar los regeneracionistas.

Pero el alegato más fuerte y más radical contra la fiesta de los toros lo formula Antonio Machado en su ya citado poema “El mañana efímero”, escrito en Baeza en 1913. Es un texto con marcado acento profético, ya que si el pasado es efímero, el presente también lo es, y es preciso esperar a que una juventud con nuevos ideales lo supere. En primer término, Machado identifica el taurinismo con un falso concepto de la religión, un maridaje nefasto entre dos aficiones compartidas: el *cerrado* —representación del toreo— y la sacristía como espacio degradante de la creencia religiosa; el torero granadino “Frascuero” y la virgen *María*, un dúo sorprendente, un sinsentido que el poeta no comprende, sólo posible en una España ajena al raciocinio que cuando piensa, *embiste* como los toros.

Frente a esa “España inferior”, Machado aventura una profecía: la de una España nueva que será traída por una juventud también nueva que trae en su mano no sólo el cincel y la maza, símbolos del trabajo, sino un “hacha vengadora”, toda una sorpresa para mí, pues nos presenta un perfil de la personalidad del poeta que no concuerda en absoluto con la imagen bondadosa y comprensiva que tenemos de Machado, con ese autorretrato en el que él mismo se había definido como un hombre “en el buen sentido de la palabra, bueno”.

Pero en los años finales de la vida de Antonio nos encontraremos con una visión de la tauromaquia que trasciende los

ataques a la fiesta que acabamos de ver y se orientan a considerarla en un plano esencial y reflexivo, más allá de las críticas de orden sociológico presentes en los tres poemas que hemos comentado. Se trata de las páginas del *Juan de Mairena*, un libro fraguado en el discurrir de los años treinta, un texto angular en la trayectoria intelectual y filosófica del hermano de Manuel. En ellas el gran poeta prescinde de sus postulados regeneracionistas y se enfrenta cara a cara con el fondo de la fiesta, con su dimensión antropológica, con su alta significación humana, para reconocer su grandeza. Y lo hace, como siempre en el *Mairena*, en un tono distendido y antirretórico, con la naturalidad con que el viejo profesor de sabiduría enseña a sus alumnos aplicando el método socrático. El tono dialéctico y reflexivo del texto prosístico permite matices y puntualizaciones que el poema no admite con la misma facilidad, y en ese registro expresivo se filosofa sobre los toros con cierta voluntad ensayística, superando, en mi opinión, el negativismo plano y rotundo que veíamos en los poemas. Lo vamos a comprobar en el texto que sigue, en el que Mairena pondera la modestia y humanidad del torero, de ahí su altura moral –como arquetipo humano– sobre la absurda seguridad del boxeador norteamericano al uso, expresión de una ridícula prepotencia personal:

Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas superfluas a que se consagran, y es la indefectible jactancia previa de la victoria.

Si interrogáis a Jhonson en víspera de combate, Jhonson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestaros que Jhonson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo, que fuese capaz de coger a Jhonson y a Dewey, y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero.

¡Qué falta de respeto al adversario! Y, sobre todo, ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroísmo!

Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente

de merecerlo, el cual lleva implícita –¿cómo no?– la desconfianza de lograrlo.

El torero –el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta– es mucho menos estúpido que el boxeador:

-¿Y qué nos va usted a enseñá esta tarde, Sarvaó?

- Pué que a sartá el olivo

- ¡Maestro!

- Si sale un torillo claro, s'hará lo que se puea.

Es decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre puede hacer algo con un toro de lidia. Quien habla así podrá no ser un héroe, pero no es un bruto. ¿Conformes?

- (La clase en coro). Conformes⁶.

Pero la más alta valoración de la fiesta de toros la formulará Mairena-Machado en el siguiente pasaje del libro:

Decíamos que alguna vez hemos de meditar sobre las corridas de toros, y muy especialmente sobre la afición taurina. Y hemos de hacerlo dejando a un lado toda suerte de investigaciones sobre el origen y desarrollo histórico de la fiesta –¿es una fiesta?– que llamamos nacional por llamarle de alguna manera que no sea del todo inadecuada. Porque nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior no sería nunca un Centro de investigaciones históricas, sin que esto quiera decir que nosotros no respetemos y veneremos esta clase de Centros. Nosotros nos preguntamos, porque somos filósofos, hombres de reflexión que buscan razones en los hechos, ¿qué son las corridas de toros?, ¿qué es esa afición taurina, esa afición al espectáculo sangriento de un hombre sacrificando a un toro, con riesgo de su propia vida? Y un matador, señores –la palabra es grave– que no es un matarife, esto menos que nada, ni un verdugo, ni un simulador de ejercicios cruentos, ¿qué es un matador, un espada, tan hazañoso como fugitivo, un ágil y esforzado sacrificador de reses bravas, mejor diré de reses enfurecidas para el acto de un sacrificio?

6. Ed. cit., IV, pp.2.321-2.322.

Si no es un loco –todo antes que un loco nos parece este hombre docto y sesudo que no logra la maestría de su oficio antes de las primeras canas–, ¿será, acaso, un sacerdote? No parece que pueda ser otra cosa. ¿Y al culto de qué dioses se consagra? He aquí el estilo de nuestras preguntas en nuestra Escuela de Popular de Sabiduría Superior”

Estamos ante una de las más penetrantes interpretaciones sobre nuestra fiesta de los toros formuladas en el curso de la historia de la literatura española. Antonio Machado, que dejó en el *Mairena* las más hondas verdades de un hombre ya cercano a la muerte, encuentra en los toros un profundo sentido sacrificial, les otorga una alta dignidad, un valor de orden sagrado. Y eleva al torero a una dimensión sacerdotal que oficia en un culto de antiguas raíces ante un público preocupado por ese mismo culto que participa de la misma liturgia sacrificial. Entenderán ustedes ahora por qué les dije al principio que nuestro actual ministro de Cultura, tan cerrado a una fiesta de tanto significado cultural, no había leído el *Juan de Mairena*.